

La experiencia de la salvación orgánica de Dios equivale a reinar en la vida de Cristo

CONTENIDO

- 1.** La salvación orgánica de Dios (1) La regeneración y la renovación
- 2.** La salvación orgánica de Dios (2) La santificación y la transformación
- 3.** La salvación orgánica de Dios (3) La conformación y la glorificación
- 4.** Reinar en vida (1) Al morir con Adán y al vivir con Cristo, al vencer en todas las circunstancias, y al llevar una vida de injerto junto con Cristo
- 5.** Reinar en vida (2) Al no establecer nuestra propia justicia, sino la de Dios y al tomar a Cristo como la justicia de Dios; al presentar nuestros cuerpos para vivir la vida del Cuerpo y al recibir a los creyentes para vivir la vida de iglesia
- 6.** Reinar en vida (3) Al imitar al apóstol para introducir las iglesias locales en la comunión del Cuerpo de Cristo; al seguir en las huellas del apóstol para introducir a todos los santos en la vida de la compenetración de todo el Cuerpo de Cristo

PREFACIO

Este libro es una traducción de la serie de mensajes dados por el hermano Witness Lee en Anaheim, California, del 14 al 17 de febrero de 1997. Los mensajes revisados no han sido repasados por el orador.

**LA EXPERIENCIA DE
LA SALVACION ORGANICA DE DIOS
EQUIVALE A REINAR EN
LA VIDA DE CRISTO**

MENSAJE UNO

LA SALVACION ORGANICA DE DIOS

(1)

LA REGENERACION Y LA RENOVACION

BOSQUEJO

Dios nos regenera para que tengamos Su vida divina, la cual es la base de Su salvación orgánica—Tit. 3:5; Jn. 3:3, 16, 36a:

La base sobre la cual crecemos en la vida divina:

El Espíritu de Dios nos regenera en nuestro espíritu con la vida divina:

Para que seamos engendrados por Dios y así ser de Su especie—
Jn. 1:13.

Y que, además de nuestra vida natural, tengamos la vida de Dios, la cual es divina y eterna (Jn. 3:16, 36a), como la base y el medio de nuestra vida y nuestro vivir espirituales.

No sólo recibimos la vida divina por medio de la regeneración, sino que también crecemos en ella basándonos en la regeneración:

Al ser nutridos con la suministración de la leche de la palabra de Dios, lo cual nos salva diaria y gradualmente—1 P. 2:2.

Al negar nuestra vida natural y vivir por la vida divina—Mt. 16:24.

La base sobre la cual somos edificados en la vida divina:

Somos edificados en la vida divina por el crecimiento y el aumento de la misma en nosotros—Col. 2:19; Ef. 4:15-16.

En la edificación divina, la cual se basa en el crecimiento de la vida divina, los creyentes regenerados, como hermanos de Cristo y miembros Suyos (He. 2:11; Ro. 12:5; 1 Co. 12:27), son constituidos el Cuerpo de Cristo, el aumento y la plenitud del Cristo ilimitado (Jn. 3:30a; Ef. 1:23) para que se cumpla el propósito de la salvación orgánica de Dios.

Dios nos renueva para que seamos Su creación nueva y divina, la cual es la edificación que realiza la salvación orgánica de Dios—Ro. 12:2b; Tit. 3:5c; 2 Co. 5:17; Gá. 6:15:

A fin de que seamos edificados en la creación nueva y divina:

Mediante la regeneración fuimos creados en Cristo como un solo y nuevo hombre (Ef. 2:15; Col. 3:10), es decir, como la creación nueva de Dios (2 Co. 5:17; Gá. 6:15).

Pero la nueva creación procede de la vieja creación, de la cual muchos elementos viejos deben ser renovados de modo que pertenezcan a la nueva.

De hecho, Cristo completó la creación del nuevo hombre en la cruz (Ef. 2:15); pero en la práctica, nosotros, por ser hechos miembros del nuevo hombre, debemos aplicarnos lo que Cristo cumplió, al ser renovados en nuestro vivir práctico para ser edificados en la creación nueva y divina.

A fin de que seamos edificados en la salvación orgánica que Dios efectúa:

En la salvación orgánica de Dios, ser regenerado significa ser lavado, y ser renovado equivale a recibir el continuo lavamiento de la regeneración—Tit. 3:5.

La renovación en la salvación orgánica de Dios es llevada a cabo:

Por el Espíritu renovador (Tit. 3:5), al mezclarse con nuestro espíritu regenerado como un solo espíritu para que se extienda a nuestra mente (Ef. 4:22-24) e infunda en nuestro interior los

atributos de Dios, los cuales siempre son nuevos y nunca envejecen, renovando así todo nuestro ser.

Al andar nosotros en la novedad de la vida divina en la resurrección de Cristo—Ro. 6:4.

Al ser consumidos por los sufrimientos de nuestras circunstancias cuyo fin es dar muerte al hombre exterior y renovar al hombre interior día a día—2 Co. 4:16.

Mediante dicha renovación somos edificados en la salvación orgánica de Dios para que finalmente lleguemos a ser tan nuevos como la Nueva Jerusalén—Ap. 21:2.

Oración: Señor, Tú eres el Cristo; te adoramos. Tu economía, Tu plan en la eternidad, tiene como fin manifestar Tu gloria. Señor, oramos pidiendo que nos apoyes y nos des el Espíritu desde los cielos y las palabras que proceden del Espíritu. También oramos pidiendo que liberes nueva luz y nueva revelación aquí todo el tiempo. Amén.

El tema general de esta serie de mensajes es: “La experiencia de la salvación orgánica de Dios equivale a reinar en la vida de Cristo”. Podemos usar las siguientes afirmaciones como explicación resumida de este tema:

Dios nos regenera para que tengamos Su vida divina y nos renueva para que seamos Su nueva y divina creación.

Dios nos santifica para que tengamos Su naturaleza santa y nos transforma para que tengamos Su imagen divina.

Dios nos conforma para que tengamos Su elemento divino y nos glorifica para que tengamos Su imagen divina en plenitud.

Reinamos en la vida de Dios por Su salvación orgánica para llevar a cabo Su economía eterna y cumplir Su propósito divino.

En este primer mensaje sobre la salvación orgánica de Dios, queremos ver la regeneración y la renovación. No es fácil hablar estos mensajes, pero cada mensaje tiene un bosquejo que nos ayuda a entrar en el contenido del mismo. Por lo tanto, hoy no les hablo dando un mensaje. Más bien, hablo punto por punto conforme al bosquejo del mensaje. Espero que hagan lo posible por seguirme en cada punto. Cada punto mencionado en estos bosquejos es un desarrollo, y el resultado final de este desarrollo es

la Nueva Jerusalén, la cual es una constitución indescriptible del Dios Triuno procesado y consumado junto con el hombre tripartito, regenerado y transformado. Nunca deben pensar que la Nueva Jerusalén sea una ciudad física. La Nueva Jerusalén es una constitución indescriptible de Dios y el hombre. Como tal, se puede entender sólo conforme a la revelación del Espíritu Santo y no se puede expresar con palabras humanas.

I. DIOS NOS REGENERA PARA QUE TENGAMOS SU VIDA DIVINA

A. La base sobre la cual crecemos en la vida divina

En la salvación orgánica de Dios, El nos regenera para que tengamos Su vida divina. Hemos dicho que la regeneración es el centro de toda la obra salvadora de Dios y el comienzo de esta salvación en su aspecto orgánico. Además, hoy vemos que la regeneración es la base de la salvación orgánica. Esta base tiene dos aspectos: primero, es la base sobre la cual crecemos en la vida divina; segundo, es la base sobre la cual somos edificados en la vida divina. La regeneración es la base tanto de nuestro crecimiento como de nuestra edificación.

1. El Espíritu de Dios nos regenera en nuestro espíritu con la vida divina

En la regeneración el Espíritu de Dios nos regenera en nuestro espíritu con la vida divina. La regeneración no es algo externo. No significa “enmendarse y empezar una nueva vida” como muchos dicen; tampoco consiste en, como dicen los chinos, que “todo lo del pasado murió ayer y todo lo que sigue nace hoy”. Este es un refrán común entre los chinos, pero no es la revelación bíblica. La realidad de la regeneración se relaciona con los dos espíritus. Uno es el Espíritu divino de Dios, el Espíritu vivificante, el Cristo pneumático; el otro es nuestro espíritu humano creado. El día que recibimos al Señor con arrepentimiento creyendo en Su nombre, El como Espíritu divino entró en nuestro espíritu para vivificarlo; por tanto, fuimos regenerados en nuestro espíritu creado. Este es el verdadero significado de la regeneración. Lo que nace del Espíritu, espíritu es (Jn. 3:6). La realidad de la regeneración consiste en que el Espíritu engendra el espíritu. Nuestro espíritu fue regenerado y hecho vivo; por consiguiente, somos un grupo de seres regenerados.

*a. Para que seamos engendrados
por Dios y así ser de Su especie*

La regeneración da a entender que fuimos engendrados por Dios y así somos de Su especie (Jn. 1:13), es decir, somos del mismo género de Dios. Este concepto es extremadamente grande, elevado y profundo. En el principio, nosotros los seres humanos fuimos creados conforme a la imagen de Dios y pertenecíamos a Su especie, pero no teníamos la vida de Dios ni Su naturaleza divina. Sin embargo, cuando nuestro espíritu fue vivificado por Su Espíritu mediante la regeneración, nacimos como hijos de Dios. Juan 1:12 dice: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. Los hijos de Dios son de Su especie. Las cabras engendran cabras, las vacas engendran vacas, y los seres humanos engendran seres humanos; del mismo modo, Dios engendra dioses. Nosotros los que nacimos de Dios somos de Su especie. No tenemos parte en la Deidad divina, pero tenemos Su vida y Su naturaleza. El deseo del corazón de Dios y Su beneplácito consisten en obtener un grupo de personas que sean iguales a El, que tengan Su naturaleza y Su vida para expresarle. Por esto necesitamos la regeneración. Necesitamos ser regenerados no porque tenemos pecados, sino porque Dios desea que tengamos Su vida y que seamos exactamente iguales a El.

*b. Que, además de nuestra vida natural,
tengamos la vida de Dios,
la cual es divina y eterna*

También, la regeneración implica que, además de nuestra vida natural, tenemos la vida de Dios, la cual es divina y eterna (Jn. 3:16, 36a), como la base y el medio de nuestra vida y nuestro vivir espirituales. La regeneración no tiene como fin que mejoremos en cuanto a nuestra conducta, que tengamos un celo religioso y vivamos una vida devota, ni que prestemos atención a la ética y a la moralidad. Más bien, la regeneración tiene como fin que recibamos la vida eterna de Dios además de nuestra vida natural; es decir, que recibamos la vida no creada, la cual es Dios mismo, además de nuestra vida creada original. Esta vida eterna y divina llega a ser la base y el medio por el cual vivimos. Hoy Dios quiere que todo nuestro vivir se base en esta vida y se lleve a cabo por la misma.

***2. No sólo recibimos la vida divina
por medio de la regeneración,
sino que también crecemos en ella
basándonos en la regeneración***

No sólo recibimos la vida divina por medio de la regeneración, sino que también crecemos en ella basándonos en la regeneración.

*a. Al ser nutridos con
la administración de la leche*

*de la palabra de Dios,
lo cual nos salva diaria y gradualmente*

Después de ser regenerados, debemos ser nutridos con la suministración de la leche de la palabra de Dios, lo cual nos salva diaria y gradualmente (1 P. 2:2). La salvación gradual es una salvación diaria en la cual somos salvos en las situaciones comunes de nuestra vida cotidiana, tanto en cosas grandes como en pequeñas. La salvación orgánica abarca un período muy largo, desde la regeneración hasta la glorificación. Nuestra regeneración es el inicio. Luego necesitamos crecer alimentándonos de Cristo como la leche nutritiva que está en la palabra de Dios, lo cual nos llevará a la madurez con miras a la glorificación, la salvación completa.

*b. Al negar nuestra vida natural
y vivir por la vida divina*

Para experimentar la salvación diaria, necesitamos vivir por la vida divina al negar nuestra vida natural (Mt. 16:24). Tenemos dos vidas: una es nuestra vida natural y la otra es la vida divina. Todos debemos negar y rechazar la primera vida, nuestra vida natural, y vivir conforme a la segunda vida y por ella, o sea, la vida divina. Debemos vivir, andar y conducirnos por otra vida, o sea, la vida divina, como dijo Pablo: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gá. 2:20). Esta es la manera apropiada de llevar la vida cristiana normal.

B. La base sobre la cual somos edificados en la vida divina

La regeneración no sólo es la base sobre la cual crecemos en la vida divina, sino también la base sobre la cual somos edificados en la vida divina.

1. Somos edificados en la vida divina por el crecimiento y el aumento de la misma en nosotros

Después de ser regenerados, somos edificados en la vida divina por el crecimiento y el aumento de la misma en nosotros (Col. 2:19; Ef. 4:15-16). La regeneración tiene como fin no sólo que crezcamos en la vida divina, sino que también seamos edificados como el Cuerpo universal de Cristo. Colosenses 2:19 dice: “...en virtud de quien [la Cabeza] todo el Cuerpo, recibiendo el rico suministro y siendo entrelazado por medio de las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento de Dios”. Crecemos con el crecimiento de Dios. El crecimiento de la vida de Dios en nosotros es el aumento de El mismo, Su elemento, que ocurre dentro de nosotros. Al aumentarse El en nosotros, nosotros crecemos. Este crecimiento tiene como fin que seamos edificados.

2. Constituidos el Cuerpo de Cristo, el aumento y la plenitud del Cristo ilimitado

En la edificación divina, la cual se basa en el crecimiento de la vida divina, los creyentes regenerados, como hermanos de Cristo y miembros Suyos (He. 2:11; Ro. 12:5; 1 Co. 12:27), son constituidos el Cuerpo de Cristo, el aumento y la plenitud del Cristo ilimitado (Jn. 3:30a; Ef. 1:23) para que se cumpla el propósito de la salvación orgánica de Dios.

Mediante la regeneración llegamos a ser los hermanos de Cristo y los hijos de Dios, los miembros de Cristo. Como miembros del Cuerpo y hermanos de Cristo, somos constituidos y edificados el Cuerpo universal de Cristo. Teniendo la regeneración como base, la vida divina crece y aumenta en nosotros. Como resultado, llegaremos a ser el aumento y la plenitud de Cristo y por eso lograremos el propósito final de la salvación orgánica, que es, la Nueva Jerusalén. La Nueva Jerusalén como constitución de Dios y el hombre es indescriptible.

II. DIOS NOS RENUEVA PARA QUE SEAMOS SU CREACION NUEVA Y DIVINA

Aunque la regeneración es la base de la salvación orgánica que Dios efectúa, la renovación es la edificación de ella, y tiene como fin que seamos Su creación nueva y divina.

A. A fin de que seamos edificados en la creación nueva y divina

Aunque fuimos regenerados con la vida y la naturaleza divinas, todavía necesitamos ser transformados por la renovación de la mente (Ro. 12:2). Cuando nuestra mente se renueva, todo nuestro ser se transforma. Luego el Espíritu Santo imparte algo nuevo, o sea, la esencia divina del nuevo hombre, en nuestro ser. Por consiguiente, pasamos de nuestra condición vieja a una condición totalmente nueva, de la vieja creación a la nueva (Tit. 3:5).

1. Mediante la regeneración fuimos creados en Cristo como un solo y nuevo hombre

Mediante la regeneración fuimos creados en Cristo como un solo y nuevo hombre (Ef. 2:15; Col. 3:10), es decir, como la creación nueva de Dios (2 Co. 5:17; Gá. 6:15). Efesios 2:15 nos dice que Cristo murió en la cruz para en Sí mismo crearnos a los regenerados, tanto judíos como gentiles, como un solo y nuevo hombre. Por tanto, a los ojos de Dios somos la creación nueva y divina. En 2 Corintios 5:17 se dice: “De modo que si alguno

está en Cristo, nueva creación es". Estar en Cristo es ser uno con El en vida y en naturaleza. Nosotros los creyentes regenerados de Dios somos una creación nueva en Cristo, pues tenemos la vida y la naturaleza divinas.

2. La nueva creación procede de la vieja creación, de la cual muchos elementos viejos deben ser renovados

Pero la nueva creación procede de la vieja creación, de la cual muchos elementos viejos deben ser renovados de modo que pertenezcan a la nueva. La vieja creación tiene que ser derrumbada para que la nueva creación sea edificada. La obra diaria de Dios en nosotros consiste en derrumbar la vieja creación y edificar la nueva. Debemos experimentar esto por toda nuestra vida cristiana.

3. Necesitamos ser renovados en nuestro vivir práctico

De hecho, Cristo completó la creación del nuevo hombre en la cruz (Ef. 2:15); pero en la práctica, nosotros, por ser hechos miembros del nuevo hombre, debemos aplicarnos lo que Cristo cumplió, al ser renovados en nuestro vivir práctico para ser edificados en la creación nueva y divina.

B. A fin de que seamos edificados en la salvación orgánica que Dios efectúa

Dios nos renueva a fin de que seamos edificados en la salvación orgánica que Dios efectúa. Esto nos introduce en la experiencia práctica, puesto que la salvación orgánica que Dios efectúa es totalmente subjetiva y orgánica.

1. En la salvación orgánica de Dios, ser regenerado significa recibir el continuo lavamiento de la regeneración

En la salvación orgánica de Dios, ser regenerado significa ser lavado, y ser renovado equivale a recibir el continuo lavamiento de la regeneración (Tit. 3:5). No sólo necesitamos ser lavados jurídicamente por la sangre redentora del Señor, para limpiarnos de todo pecado (He. 1:3; 1 Jn. 1:7), sino que también necesitamos el lavamiento orgánico, el lavamiento de la regeneración, el cual empieza al nacer nosotros de nuevo y continúa al ser renovados por el Espíritu Santo.

Recibimos un lavamiento orgánico al experimentar diariamente la salvación orgánica de Dios. Al lavarnos, el lavamiento de la regeneración quita todos los elementos viejos, la

naturaleza vieja y todo lo viejo que esté en nosotros; la renovación del Espíritu Santo imparte en nosotros nuevos elementos, una nueva esencia y nuevas cosas. Tanto el lavamiento de la regeneración como la renovación del Espíritu Santo obran en nosotros constantemente por toda nuestra vida hasta que se complete la nueva creación, a fin de que seamos edificados en la salvación orgánica de Dios.

2. Llevar a cabo la renovación en la salvación orgánica de Dios

Este lavamiento, esta renovación, en la salvación orgánica de Dios es llevada a cabo en nosotros constantemente por medio de lo que sigue.

a. Por el Espíritu renovador que se extiende a nuestra mente

La renovación en la salvación orgánica de Dios es llevada a cabo por el Espíritu renovador (Tit. 3:5), al mezclarse con nuestro espíritu regenerado como un solo espíritu para que se extienda a nuestra mente (Ef. 4:22-24) e infunda en nuestro interior los atributos de Dios, los cuales siempre son nuevos y nunca envejecen, renovando así todo nuestro ser. Nuestro Dios es la propia novedad. En todo el universo, sólo Dios es nuevo, y todo lo demás es viejo. Este Dios, quien siempre es nuevo y que nunca envejece, infunde Su esencia siempre nueva en nosotros para renovar todo nuestro ser.

b. Al andar nosotros en la novedad de la vida divina

La renovación en la salvación orgánica de Dios también se lleva a cabo al andar nosotros en la novedad de la vida divina en la resurrección de Cristo (Ro. 6:4).

Para andar en la novedad de vida necesitamos, por una parte, quitarnos el viejo hombre, y por otra, vestirnos del nuevo. Quitarnos el viejo hombre es negar nuestro viejo yo, rechazarlo, y aplicar la cruz al yo. Además, necesitamos vestirnos del nuevo hombre, es decir, aplicar lo que Cristo logró al crear al nuevo hombre, viviendo a Cristo y magnificándolo mediante la suministración abundante del Espíritu de Jesucristo. Esto es lo que significa andar en la novedad de vida. Todo esto tiene como fin que el Espíritu renovador nos renueve impartiendo la esencia nueva y el elemento nuevo en nosotros para que seamos renovados de día en día.

c. Al ser consumidos por los sufrimientos de nuestras circunstancias

La renovación en la salvación orgánica de Dios se lleva a cabo también al ser consumidos nosotros por los sufrimientos de nuestras circunstancias cuyo fin es dar muerte al hombre exterior y renovar al hombre interior día a día (2 Co. 4:16).

Dios nos renueva por medio de los sufrimientos de nuestras circunstancias, los cuales nos consumen. Nuestros sufrimientos tienen como fin renovarnos. Aunque el viejo hombre se va desgastando, nuestro hombre interior se renueva de día en día. Dios dispuso que toda clase de circunstancia nos viniera para renovarnos con un propósito positivo, es decir, para dispensar la nueva esencia y el nuevo elemento de Dios en nosotros. Debemos tener esta experiencia subjetiva diaria en la cual nuestro hombre exterior se desgasta y nuestro hombre interno se renueva de día en día.

3. Para que finalmente lleguemos a ser tan nuevos como la Nueva Jerusalén

Mediante dicha renovación somos edificados en la salvación orgánica de Dios para que finalmente lleguemos a ser tan nuevos como la Nueva Jerusalén (Ap. 21:2).

La Nueva Jerusalén es el resultado y la meta final de los sesenta y seis libros de la Biblia. En cuanto a la Nueva Jerusalén, hemos publicado docenas de mensajes y hemos compuesto más de diez himnos. Espero que cantemos estos himnos a menudo. Si al cantar estos himnos seguimos cada palabra y cada renglón con nuestro espíritu, recibiremos una transfusión divina. Esta transfusión divina tendrá como resultado que lleguemos a ser parte de la Nueva Jerusalén. Repito que no deben considerar que la Nueva Jerusalén sea algo físico. La Nueva Jerusalén es divina, orgánica y espiritual. Es la constitución orgánica de Dios y el hombre, habiendo pasado ambos por un proceso largo. Es el conjunto de la mezcla del Dios Triuno y el hombre tripartito, que se expresa en el universo durante la eternidad.

Espero que esta clase de mensaje no sirva sólo para que lo escuchemos y lo hablemos. Debemos experimentarlo subjetivamente de día en día para que salgamos en realidad de la vieja creación y entremos en la condición de la nueva creación, a fin de que finalmente lleguemos a ser un grupo de personas que esté absolutamente entregado a Dios, una nueva creación que genuinamente pertenezca a Dios y que se entregue totalmente a El.

**LA EXPERIENCIA DE
LA SALVACION ORGANICA DE DIOS
EQUIVALE A REINAR EN
LA VIDA DE CRISTO**

MENSAJE DOS

LA SALVACION ORGANICA DE DIOS

(2)

LA SANTIFICACION Y LA TRANSFORMACION

BOSQUEJO

Dios nos santifica para que obtengamos Su naturaleza santa, lo cual es la confirmación de Su salvación orgánica—Ro. 6:19, 22; 15:16; 2 P. 1:4:

Para que seamos confirmados en la naturaleza santa de Dios:

Dios nos creó para Sí mismo, pero debido a que nosotros caímos y fuimos separados de Dios, nos perdimos y nos hicimos comunes en cuanto a nuestra posición y en nuestro carácter. Por lo tanto, Dios, en Su salvación completa, jurídicamente nos santifica con respecto a nuestra posición, y orgánicamente nos santifica en nuestro carácter, o sea, en nuestro modo de ser:

La santificación jurídica, la cual está relacionada con nuestra posición, es llevada a cabo por medio de la sangre redentora de Cristo—He. 13:12; 10:29; 1 Co. 1:2; Ro. 1:7; cfr. Mt. 23:17.

La santificación orgánica, la cual tiene que ver con nuestro modo de ser, es llevada a cabo por el Espíritu Santo con la naturaleza santa de Dios—Ro. 15:16; 6:19, 22; 2 P. 1:4.

Por ende, somos confirmados en la naturaleza santa de Dios y así somos hechos santos delante de El—Ef. 1:4.

Para que seamos confirmados en la salvación orgánica de Dios:

La santificación en la salvación orgánica de Dios es llevada a cabo por el Espíritu Santo con la vida de resurrección de Cristo como elemento, para santificarnos en nuestro carácter (Ro. 15:16) a fin de que nuestro modo de ser natural, el cual es torcido, perverso y muy peculiar, pueda ser santificado por la santa naturaleza de Dios (2 P. 1:4).

Dicha santificación empieza en nuestro espíritu, pasa por nuestra alma y se extiende a nuestro cuerpo, a fin de que todo nuestro ser sea santificado por completo—1 Ts. 5:23.

También nos confirma en la salvación orgánica de Dios a fin de que finalmente lleguemos a ser tan santos como la ciudad santa, la Nueva Jerusalén—Ap. 21:2, 10; 22:19.

Dios nos transforma para que obtengamos Su imagen divina, lo cual es la configuración efectuada por Su salvación orgánica—Ro. 12:2a; 2 Co. 3:18:

Para que seamos configurados a la imagen divina:

La transformación no es un cambio ni una corrección en la conducta, sino la función metabólica de la vida de Dios en nosotros, llevada a cabo al ser añadido a nuestro ser el elemento de la vida divina de Cristo; dicha función nos hace expresar la imagen de Cristo.

Dios nos transforma con el elemento vital de Su Hijo primogénito, el primer Dios-hombre, quien pasó por la muerte y entró en la resurrección, hasta que seamos transformados metabólicamente a Su imagen de un grado de gloria a otro, y seamos arrebatados y transfigurados para entrar en Su gloria—2 Co. 3:18; Fil. 3:21.

El fin es que seamos la producción en serie del Hijo primogénito de Dios, el prototipo de un Dios-hombre, a fin de que seamos configurados a la imagen divina para ser exactamente semejantes al Hijo primogénito de Dios, Cristo como el Dios-hombre.

Para que seamos configurados en la salvación orgánica de Dios:

En Su salvación orgánica la transformación es efectuada:

Por medio de la renovación de nuestra mente—Ro. 12:2b.

Por el Señor Espíritu (el Cristo *pneumático*), quien está en nosotros transformándonos a la imagen de la gloria de Cristo—2 Co. 3:18b.

Al mantener nosotros una cara descubierta, mirando y reflejando al Señor como espejos para expresarle—2 Co. 3:18a.

Al vivir y andar nosotros por el Espíritu (Gá. 5:16, 25) y al andar conforme al espíritu mezclado (Ro. 8:4b) para que la vida divina de Cristo pueda regular nuestro andar y transformarnos a la gloriosa imagen del Señor.

Dicha transformación nos configura en la salvación orgánica de Dios y nos conforma a la imagen de Cristo, el Hijo primogénito de Dios, a fin de que manifestemos a Dios en vida, en naturaleza, en nuestros pensamientos y en nuestra expresión; esto tendrá su consumación en la Nueva Jerusalén, donde, debido a nuestra transformación, seremos exactamente semejantes a Dios, quien está sentado en el trono en la gloria divina en la eternidad: tanto El como nosotros seremos como jaspe—Ap. 4:3a; 21:11, 18a, 19b.

Oración: Señor, has hablado y seguirás hablando hasta que cumplas Tu propósito eterno, el cual consiste en manifestar la Nueva Jerusalén. Seguimos acudiendo a Ti para que intensifiques Tu obra como nunca antes. Gana a cada asistente que está aquí. Amén.

En este mensaje, el segundo mensaje relacionado con la salvación orgánica de Dios, queremos ver la santificación y la transformación. Los primeros cuatro puntos de la salvación orgánica de Dios son: la regeneración, la renovación, la santificación y la transformación. La regeneración tiene como fin que obtengamos la vida divina de Dios; la renovación tiene como fin que lleguemos a ser Su creación nueva y divina; la santificación tiene como fin que obtengamos Su naturaleza santa; y la transformación tiene como fin que obtengamos Su imagen divina. Por tanto, primero obtenemos Su vida divina; luego llegamos a ser la creación nueva y divina; en tercer lugar, obtenemos la naturaleza santa y en cuarto lugar obtenemos la imagen divina. Esto es lo que la salvación orgánica de Dios efectuará en nosotros.

Dios nos regenera para que obtengamos Su vida divina, la cual es la base de Su salvación orgánica. Dios nos renueva para que lleguemos a ser Su creación nueva y divina, la cual es la edificación que realiza la salvación orgánica de Dios. Dios nos santifica para que obtengamos Su naturaleza santa; ésta es la confirmación de la salvación orgánica de

Dios. Dios nos transforma para que obtengamos Su imagen divina; esto equivale a que la salvación orgánica de Dios nos configure.

I. DIOS NOS SANTIFICA PARA QUE OBTENGAMOS SU NATURALEZA SANTA

Dios nos santifica para que obtengamos Su naturaleza santa, lo cual es la confirmación de Su salvación orgánica (Ro. 6:19, 22; 15:16; 2 P. 1:4).

A. Para que seamos confirmados en la naturaleza santa de Dios

Dios nos santifica para que seamos confirmados en la naturaleza santa de Dios. El hecho de que Dios nos santifique es muy importante y particular en la salvación orgánica que El efectúa. Dios mismo es santo, y también quiere hacernos santos. Finalmente, quiere hacernos la ciudad santa, la Nueva Jerusalén. En el universo Dios es santidad; cuando la gente tiene contacto con Dios, tiene contacto con la santidad (cfr. Is. 6:2; Ap. 4:8). Por consiguiente, Dios tiene la intención, en Su salvación orgánica, de forjar Su naturaleza santa en nosotros para que lleguemos a ser el Cuerpo de Cristo y finalmente para que seamos manifestados como una ciudad santa y establecida, la Nueva Jerusalén.

1. Dios, en Su salvación completa, jurídicamente nos santifica con respecto a nuestra posición, y orgánicamente nos santifica en nuestro carácter, o sea, en nuestro modo de ser

Dios nos creó para Sí mismo, pero debido a que nosotros caímos y fuimos separados de Dios, nos perdimos y nos hicimos comunes en cuanto a nuestra posición y en nuestro carácter. Por lo tanto, Dios, en Su salvación completa, jurídicamente nos santifica con respecto a nuestra posición, y orgánicamente nos santifica en nuestro carácter, o sea, en nuestro modo de ser.

La santificación jurídica, la cual está relacionada con nuestra posición, es llevada a cabo por medio de la sangre redentora de Cristo (He. 13:12; 10:29; 1 Co. 1:2; Ro. 1:7; cfr. Mt. 23:17). La santificación orgánica, la cual tiene que ver con nuestro modo de ser, es llevada a cabo por el Espíritu Santo con la naturaleza santa de Dios (Ro. 15:16; 6:19, 22; 2 P. 1:4).

***2. Por ende, somos confirmados
en la naturaleza santa de Dios
y así somos hechos santos delante de El***

La obra santificadora de Dios tiene dos aspectos: el aspecto jurídico y el aspecto orgánico. Por ende, somos confirmados en la naturaleza santa de Dios y así somos hechos santos delante de El (Ef. 1:4). Ser hechos santos delante de Dios es llegar a ser la Nueva Jerusalén, la ciudad santa, la cual está completamente santificada delante de Dios.

***B. Para que seamos confirmados
en la salvación orgánica de Dios***

Dios no sólo nos regenera y nos renueva, sino que también nos santifica para que seamos confirmados en Su salvación orgánica.

***1. Con la vida de resurrección
de Cristo como elemento***

La santificación en la salvación orgánica de Dios es llevada a cabo por el Espíritu Santo con la vida de resurrección de Cristo como elemento, para santificarnos en nuestro carácter (Ro. 15:16) a fin de que nuestro modo de ser natural, el cual es torcido, perverso y muy peculiar, pueda ser santificado por la santa naturaleza de Dios (2 P. 1:4).

***2. A fin de que todo nuestro ser
sea santificado por completo***

Dicha santificación empieza en nuestro espíritu, pasa por nuestra alma y se extiende a nuestro cuerpo, a fin de que todo nuestro ser sea santificado por completo (1 Ts. 5:23). Esta no es una santificación parcial. Nosotros los seres humanos tenemos tres partes: espíritu, alma y cuerpo. Dios nos santifica, primero, al tomar posesión de nuestro espíritu mediante la regeneración; en segundo lugar, se extiende como Espíritu vivificante de nuestro espíritu a nuestra alma para saturarla y transformarla; y finalmente, al vivificar nuestro cuerpo mortal por medio de nuestra alma y al transfigurar nuestro cuerpo con Su poder vital, conformándolo al cuerpo glorioso de Cristo. Por ende, todo nuestro ser, incluyendo nuestro espíritu, nuestra alma y nuestro cuerpo, es santificado.

***3. A fin de que lleguemos a ser tan santos
como la ciudad santa, la Nueva Jerusalén***

Esta santificación también nos confirma en la salvación orgánica de Dios a fin de que finalmente lleguemos a ser tan santos como la ciudad santa, la Nueva Jerusalén (Ap. 21:2, 10; 22:19).

II. DIOS NOS TRANSFORMA PARA QUE OBTENGAMOS SU IMAGEN DIVINA

Dios nos transforma para que obtengamos Su imagen divina, lo cual es la configuración efectuada por Su salvación orgánica (Ro. 12:2a; 2 Co. 3:18). La salvación orgánica de Dios produce algo con una forma, algo visible; por tanto, la obra salvadora de Dios tiene el aspecto de configurar.

A. Para que seamos configurados a la imagen divina

La transformación tiene como fin configurarnos a la imagen divina. No sólo recibimos la vida divina de Dios cuando fuimos regenerados, sino que también somos renovados para que lleguemos a ser Su creación nueva y divina. Sin embargo, no es suficiente llegar a ser la nueva creación; todavía necesitamos ser santificados para que obtengamos Su naturaleza divina. Además, necesitamos ser transformados por Dios para ser configurados a la imagen divina. No sólo tenemos la naturaleza de Dios internamente, sino que también llevamos Su imagen externamente, la cual es algo concreto y visible.

1. La transformación es una función metabólica

La transformación no es un cambio ni una corrección en la conducta, sino la función metabólica de la vida de Dios en nosotros, llevada a cabo al ser añadido a nuestro ser el elemento de la vida divina de Cristo; dicha función nos hace expresar la imagen de Cristo. Expresar la imagen de Cristo es expresar la Nueva Jerusalén.

La transformación es un aspecto muy crucial en la salvación orgánica de Dios. Pablo usó la palabra *transformar* por lo menos dos veces en sus epístolas. La primera vez lo usó en Romanos 12:2, que dice que debemos transformarnos por la renovación de la mente. Lo usó la segunda vez en 2 Corintios 3:18, que dice que nosotros todos, a cara descubierta mirando y reflejando como un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen.

Desafortunadamente, la mayoría de los cristianos no presta atención a la palabra *transformar*, o podemos decir que no entienden su verdadero significado, aunque la han leído. Tampoco pueden distinguir entre la transformación y lo que comúnmente llamamos el cambio. Aunque lo que se manifiesta mediante la transformación se ve en la

imagen externa y visible, la transformación no es un cambio ni una corrección en la conducta, sino la función metabólica de la vida de Dios en nosotros. Cierta clase de vida produce cierta clase de función. Supongamos que una persona esté desnutrida, y se vea flaca y enfermiza. No puede mejorar su condición simplemente aplicándose polvo al rostro. Eso es un cambio o una corrección que no tiene efecto genuino. Su verdadera necesidad es recibir nutrimento. Este nutrimento activa la función del metabolismo en él. Como resultado, después de cierto período de tiempo, cuando usted lo ve de nuevo, se da cuenta de que su semblante se ha vuelto sano. Pero eso no tuvo lugar al aplicarse polvo externamente; esto es el efecto del metabolismo de la vida que está en él.

Esta función metabólica, por una parte, añade el elemento de la vida divina de Cristo a todo nuestro ser, y por otra, descarga las cosas viejas y negativas que están en nosotros. Como consecuencia, cambiamos no sólo en nuestra naturaleza interna sino también en nuestra imagen externa, de modo que expresamos la imagen de Cristo. ¿Qué es la imagen de Cristo? La imagen de Cristo, en su consumación, es la Nueva Jerusalén. La transformación da por resultado que lleguemos a ser la Nueva Jerusalén.

2. Dios nos transforma con el elemento vital de Su Hijo primogénito

Dios nos transforma con el elemento vital de Su Hijo primogénito, el primer Dios-hombre, quien pasó por la muerte y entró en la resurrección, hasta que seamos transformados metabólicamente a Su imagen de un grado de gloria a un grado más elevado, y seamos arrebatados y transfigurados para entrar en Su gloria (2 Co. 3:18; Fil. 3:21).

Desde la eternidad pasada, Dios ha tenido la intención de transformarnos. Pero si Dios hubiera permanecido sólo el Dios que estaba en la eternidad, no podría habernos transformado. Dios tuvo que ser procesado para transformarnos. El Dios Triuno pasó por algunos procesos. El ya no es simplemente el Dios en Su divinidad en la eternidad pasada. Al contrario, conforme al deseo de Su corazón y al consejo determinado por la Trinidad Divina en la eternidad, un día envió al segundo de la Trinidad Divina a la humanidad. No sólo se vistió de la humanidad para llegar a ser un Dios-hombre, sino que también pasó por la vida humana, la muerte y la resurrección. Luego en la resurrección llegó a ser el Hijo primogénito de Dios. Como tal, El nos transforma metabólicamente con Su elemento vital en la resurrección.

La transformación metabólica no es algo que se puede llevar a cabo de prisa. Somos transformados metabólicamente con el elemento vital del Hijo primogénito de Dios y por tanto tendremos Su imagen divina. *Ser transformados* indica que estamos en el

proceso de la transformación, la cual es un proceso vital, un proceso orgánico. Hoy en este proceso de transformación metabólica, somos transformados de un grado de gloria a un grado más elevado, hasta que seamos transfigurados en nuestro cuerpo y arrebatados y llevados a la gloria. Esto será la consumación de nuestra transformación.

3. El fin es que seamos la producción en serie del Hijo primogénito de Dios, el prototipo

El fin es que seamos la producción en serie del Hijo primogénito de Dios, el prototipo de un Dios-hombre, a fin de que seamos configurados a la imagen divina para ser exactamente semejantes al Hijo primogénito de Dios, Cristo como el Dios-hombre.

Cuando somos configurados a la imagen divina, llegamos a ser la Nueva Jerusalén. Por tanto, la Nueva Jerusalén es la producción en serie del Hijo primogénito de Dios. Este es el propósito más elevado de Dios en Su economía. Por un lado, El pasó por los procesos para llegar a ser el Hijo primogénito de Dios con la intención de llegar a ser el prototipo. Por otro lado, El nos introdujo en el proceso de la transformación para que lleguemos a ser la producción en serie de El como prototipo a fin de llegar a ser la Nueva Jerusalén.

B. Para que seamos configurados en la salvación orgánica de Dios

Dios nos transforma no sólo para que seamos configurados a la imagen divina, sino también para que seamos configurados en la salvación orgánica de Dios.

1. En Su salvación orgánica la transformación es efectuada

a. Por medio de la renovación de nuestra mente

En la salvación orgánica de Dios, la transformación es efectuada por medio de la renovación de nuestra mente. Romanos 12:2 dice: “No os amoldéis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestra mente”. La transformación empieza con la renovación de nuestra mente. Nuestra mente es la parte principal de nuestra alma, y mientras se renueva, nuestra voluntad y nuestra parte emotiva, las otras partes de nuestra alma, automáticamente siguen y son renovadas también. Ser renovados indica que un nuevo elemento es forjado en nuestro ser. Esto produce una transformación interna y metabólica.

b. Por el Señor Espíritu, quien está en nosotros transformándonos a la imagen de la gloria de Cristo

En la salvación orgánica de Dios, la transformación se efectúa también por el Señor Espíritu (el Cristo *pneumático*), quien está en nosotros transformándonos a la imagen de la gloria de Cristo (2 Co. 3:18b).

Aquí no dice “el Espíritu de Dios” sino “el Señor Espíritu”. Vemos el Espíritu de Dios en la obra creadora de Dios (Gn. 1:2). Sin embargo, El no nos podría transformar si sólo fuera el Espíritu de Dios. El Señor Espíritu es el que fue procesado y consumado; El es el Cristo *pneumático* que está en resurrección. Por tanto, *el Señor Espíritu* es un título compuesto; El es tanto el Señor como el Espíritu. Hoy este Espíritu es el Dios Triuno procesado, Aquel que fue glorificado en la resurrección, el Señor Espíritu. El Señor Espíritu, el Cristo *pneumático* que está en resurrección, ya no es el Espíritu de Dios que tiene solamente la divinidad, sino que fue procesado y llegó a ser Aquel que es todo-inclusivo con todos los elementos. Puesto que el Señor Espíritu posee la divinidad, la humanidad y todos los elementos del proceso por el cual pasó, El nos puede transformar a la imagen gloriosa de Cristo. Los elementos que necesitamos en el proceso de la transformación vienen del Señor Espíritu. Dios fue procesado para llegar a ser el Señor Espíritu con miras a nuestra transformación.

*c. Al mantener nosotros una cara descubierta,
mirando y reflejando al Señor*

En la práctica debemos mantener una cara descubierta, mirando y reflejando al Señor como espejos para expresarle (2 Co. 3:18a).

Para experimentar esta clase de transformación, primero necesitamos quitarnos los velos de nuestros viejos conceptos. Muchas veces tenemos muchos velos que impiden que seamos transformados. Sin embargo, cuando el corazón se vuelve al Señor, se quita el velo. Luego nosotros, a cara descubierta, podemos mirar al Señor y, por consecuencia, reflejarlo como espejos. Por consiguiente, somos transformados a la misma imagen de un nivel de gloria a otro para Su expresión.

*d. Al vivir y andar nosotros por el Espíritu
y al andar conforme al espíritu mezclado*

En la práctica debemos también vivir y andar por el Espíritu (Gá. 5:16, 25) y andar conforme al espíritu mezclado (Ro. 8:4b) para que la vida divina de Cristo pueda regular nuestro andar y transformarnos a la gloriosa imagen del Señor.

En la salvación orgánica de Dios la clave de la transformación la encontramos exclusivamente en el espíritu mezclado, o sea, el Espíritu con nuestro espíritu. El Dios Triuno fue procesado para llegar a ser el Señor Espíritu, y este Espíritu que está en

nosotros está mezclado con nuestro espíritu regenerado. Por tanto, debemos practicar el andar conforme al espíritu mezclado; entonces la vida divina de Cristo podrá regularnos para transformarnos a la misma imagen del Señor en gloria.

***2. Para conformarnos a la imagen de Cristo,
el Hijo primogénito de Dios,
a fin de que manifestemos a Dios***

Dicha transformación nos configura en la salvación orgánica de Dios y nos conforma a la imagen de Cristo, el Hijo primogénito de Dios, a fin de que manifestemos a Dios en vida, en naturaleza, en nuestros pensamientos y en nuestra expresión; esto tendrá su consumación en la Nueva Jerusalén, donde, debido a nuestra transformación, seremos exactamente semejantes a Dios, quien está sentado en el trono en la gloria divina en la eternidad: tanto El como nosotros seremos como jaspe (Ap. 4:3a; 21:11, 18a, 19b).

Lo que la Biblia presenta en su conclusión es el jaspe. Este jaspe procede de la unión del Dios Triuno procesado y los creyentes transformados por medio del Espíritu transformador. Dios creó el universo para producir este jaspe. Hoy todos los que conocen la economía de Dios quieren obtener este jaspe, y esto es lo que nos interesa. Pablo pagó el precio más alto para obtener este tesoro, este jaspe; además, incluso llegó a ser parte de éste. ¡Qué misterio es esto! Este es el propósito final de la obra salvadora de Dios, es decir, trabajar en todos los que El escogió en la eternidad hasta el punto de que lleguen a ser completamente semejantes a El en la gloria divina para que expresen la imagen gloriosa de Dios como jaspe con miras a Su agrandamiento y expresión eternos.

LA EXPERIENCIA DE LA SALVACION ORGANICA DE DIOS EQUIVALE A REINAR EN LA VIDA DE CRISTO

MENSAJE TRES

LA SALVACION ORGANICA DE DIOS

(3)

LA CONFORMACION Y LA GLORIFICACION

BOSQUEJO

Dios nos conforma para que obtengamos Su elemento divino, lo cual es la solidificación de Su salvación orgánica—Ro. 8:29; 1 Jn. 3:2:

Dios nos conforma para que seamos afirmados en la posesión de Su elemento divino:

La intención de Dios es que obtengamos Su elemento divino en Su vida, naturaleza e imagen divinas para expresarle, mas no en Su deidad.

Dios nos regenera con Su vida divina para que empecemos a participar de Su divinidad a fin de obtener Su elemento divino.

Después de ser regenerados empezamos a crecer por medio de la renovación, la santificación y la transformación divinas hasta madurar en la vida divina y llegar a ser un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Col. 1:28; Ef. 4:13), siendo conformados a la imagen de Cristo, el Hijo primogénito de Dios (Ro. 8:29).

Por lo tanto, nuestra conformación equivale a nuestra madurez en la vida divina por la cual participamos de la divinidad de Dios en plenitud y somos hechos firmes en la posesión de Su elemento divino.

Dios nos conforma para que seamos afirmados en la experiencia de Su salvación orgánica:

En la salvación orgánica que Dios efectúa, la conformación es la consumación de nuestra transformación en vida (2 Co. 3:18); también es la preparación que tiene lugar antes de que nuestro cuerpo sea transfigurado y glorificado.

La conformación equivale a ser conformados a la imagen del Hijo primogénito de Dios:

Ser conformados a la muerte de Cristo en todas las cosas mediante el poder de Su resurrección—Fil. 3:10.

Vivir a Cristo para magnificarle mediante la abundante ministración del Espíritu de Jesucristo—Fil. 1:19-21a.

Dicha conformación nos convierte en la reimpresión del Hijo primogénito de Dios para que seamos exactamente semejantes a El y precisamente semejantes a Dios en Su justicia y en Su santidad—1 Jn. 3:2; Ef. 4:24.

Dios nos glorifica para que obtengamos Su imagen divina en plenitud, lo cual es la consumación de Su salvación orgánica—Ro. 8:30, 23; Ef. 4:30; Fil. 3:21; Col. 3:4b; 1 P. 5:10a; 2 Ti. 2:10; He. 2:10:

Dios nos glorifica para que lleguemos a la consumación de la posesión de Su imagen divina:

En la regeneración Dios nos sella con Su Espíritu (Ef. 1:13); este Espíritu sellador, quien es el propio Dios Triuno que entra en nosotros, nos imprime la imagen de Dios, representada por el sello, haciéndonos así semejantes a Dios.

El sellado del Espíritu sellador es como la aplicación de la tinta, pues nos satura desde el interior del elemento glorioso de la vida de Dios por toda nuestra vida, dando por resultado la redención de nuestro cuerpo (Ef. 4:30; Ro. 8:23) a fin de que todo nuestro ser lleve la imagen divina de Dios.

Cuando seamos arrebatados, por haber alcanzado la madurez en la vida divina, seremos introducidos en la gloria de Dios a fin de ser glorificados—Ro. 8:30; He. 2:10.

Por lo tanto, seremos glorificados desde nuestro interior al ser saturados de la gloria de Dios por toda nuestra vida, y desde afuera al ser introducidos en Su gloria. Por medio de dicha glorificación llegaremos a la consumación de la posesión de la imagen divina de Dios.

Dios nos glorifica para que lleguemos a la consumación de la experiencia de Su salvación orgánica:

En Su salvación orgánica, Su obra de glorificarnos empieza cuando nos regenera con la vida de Su gloria.

Después de regenerarnos Dios continúa, paso por paso, Su obra de renovación, santificación, transformación y conformación para infundirse en nosotros como gloria, hasta que la gloria de Su vida sature nuestro ser y se manifieste en nuestro cuerpo; de este modo Su obra de glorificación llega a su consumación.

Nuestra glorificación es la porción cimera de nuestra filiación divina en la salvación orgánica de Dios—Gá. 4:5; Ro. 8:23.

La consumación de la salvación orgánica de Dios es la Nueva Jerusalén, la cual es la incorporación universal de la unión y la mezcla de lo divino con lo humano, el Dios Triuno procesado y consumado incorporado a Sus elegidos tripartitos, regenerados, renovados, santificados, transformados, conformados y glorificados.

En los dos mensajes anteriores vimos los primeros cuatro puntos de la salvación orgánica de Dios: la regeneración, la renovación, la santificación y la transformación. En este tercer mensaje acerca de la salvación orgánica de Dios, queremos seguir y ver la conformación y la glorificación.